

# Fisuras en la muralla

Guillermo Cortés Quintero

Profesor

Departamento de Humanidades y Letras  
Universidad Central

“Nuestros recuerdos están tirados por toda la calle, dentro y fuera de las casas; ocultos entre el barro seco y la hierba que ahora crece desordenadamente podemos encontrar nuestros gritos de gol, las noches cuando jugábamos fulbito, también están los sudores y el cansancio de aquellos tiempos. Entre el laberíntico jardín y los árboles de mango de misiá Concepción están guardadas nuestras lentas y suaves palabras de miedo mientras descubrían nuestro escondite o el tipo nos baleaba con su pumpum de mentiras. En el cuarto lleno de cachivaches puedo escuchar a veces mis primeras y fogosas experiencias eróticas, casi todas relacionadas con Carlota, mi vecinita, que se venía todas las tardes con sus falditas corticas; lo hacíamos hasta fatigarnos, y a veces me insistía; era imparable.”

Así habla uno de los miembros de la gallada de la calle Mocha, en uno de los cuentos sobre Cali entretejidos por Umberto Valverde en *Bomba camará*<sup>1</sup>. Como el anterior podemos

encontrar (y no sólo en la literatura) muchos testimonios acerca del barrio, ese espacio en el que crecimos y era territorio de exploración, búsqueda, vagabundeo, encuentro y sentido de pertenencia. Era el núcleo relacional a partir del cual construíamos las primeras apropiaciones del entorno, las significaciones de la vida, los rituales de aceptación, los lazos que pensábamos que se iban a prolongar a lo largo de la existencia. Era el lugar de la casa y la calle, del adentro y el afuera, de lo público y lo privado. A partir de esos dos ámbitos el niño se enfrentaba al mundo. Un día, de manera tímida, se asomaba por primera vez a la calle. Se acercaba a alguien, un vecino, otro niño, e iniciaba una conversación, el preámbulo para el inevitable juego. Luego llegaban otros, los demás, y se armaba el grupo de la cuadra, siempre juntos para arriba y para abajo. Los horizontes se iban ampliando poco a poco: la manzana, el resto del barrio, la ciudad. Enfrentándose a los demás, haciéndose

Ocultos en nuestro refugio, nos sentimos a salvo del afuera horrible. En nuestra cueva ya no encendemos el fuego que nos protegía de la oscuridad y de las fieras. Oprimimos un botón y nuestra soledad buscada se ilumina con el resplandor del televisor o del monitor del computador.

<sup>1</sup> VALVERDE, Umberto. *Bomba camará*. Bogotá: Arango Editores, 1995.

respetar, golpeando y siendo golpeados. Crecían y un día el grupo iba al cine, al estadio, al centro a mirar almacenes, por primera vez lejos del cuidado y la mirada vigilante de los adultos. Los primeros coqueteos, las primeras borracheras, la sensación de que el mundo estaba ahí para agarrarlo a manotadas. Creciendo sin olvidar las experiencias y las imágenes que construían el entramado de la memoria personal: en cada periodo de vacaciones batallones de niños armados de todo tipo de instrumentos y artilugios recorrían las calles, los lotes baldíos, las vías en construcción, las casas abandonadas. Las tardes se llenaban con los ecos y la gritería de interminables partidos de fútbol jugados con más pasión que una final del mundo. El rumor de la presencia de un tesoro enterrado en un potrero, iniciaba un frenesí de excavaciones digno del Valle de los Reyes. La bruja devoradora de niños propiciaba la realización de temerarias excursiones, en las que se violaba la propiedad de la hechicera, para echar una mirada furtiva y temerosa por las ventanas, tocar el timbre o gritar improperios a la distancia conveniente que imponía el miedo a ser convertidos en sapos. Las pequeñas tiendas se llenaban de multitudes vociferantes y sedientas, que las escogían como lugar para recargar baterías, pagar apuestas o llenarse de harinas, de calorías y de aguas de colores. El barrio como el territorio de la identidad, como el sustrato para comprender la vida y a los demás.

El acelerado y desordenado crecimiento de las ciudades latinoamericanas se tradujo en la transformación de las maneras de relacionarse con la urbe. Grandes flujos migratorios huyendo de la violencia, de la pobreza o en busca del paraíso de las oportunidades en que se convirtió la ciudad, se expresaron en cruces culturales de todo tipo, en profundas tensiones entre la homogeneización que se intentaba imponer y la defensa de las diferencias,

acompañando la erosión del territorio como referente de la identidad. La tecnologización creciente y la dependencia cada vez mayor a un conjunto de prácticas y aparatos modificaron a pasos agigantados nuestras prácticas culturales, caracterizadas ahora por la fragmentación, la hibridación, el descentramiento, la incertidumbre, fenómenos todos que se han tratado de manera suficiente como para volver a insistir en ellos. Y al lado de todo esto la avaricia financiera y la lógica mercantilista comenzaron a borrar y a hacer irreconocibles esos sitios por los que alguna vez deambulamos. El cambio de uso de muchos sectores, desarraigó a los habitantes tradicionales, que se movieron a otros sitios de la ciudad cada vez más desmemoriada y plana, sin historia, levantada sobre la demolición, sobre la desaparición de lo significativo. El hundimiento (que para algunos es una imposibilidad) de las utopías colectivas y la aparición, como sustituto, de las fantasías individuales, expresadas en el *sálvese quien pueda*, se articularon con el temor frente a una ciudad que se volvía más grande, desconocida y peligrosa.

De este modo, lo urbano deja de ser entorno del recorrido y la vivencia. Su desmesurado crecimiento termina por reventarlo, por fragmentarlo, aunque hayamos sido incapaces de lograr que cada pedazo pudiera ser autosuficiente. En un mundo en el que lo que importa es el flujo y la circulación, la rapidez y la eficiencia, las urbes latinoamericanas son las ciudades de los grandes recorridos. Permanentemente vamos de un sitio a otro recorriendo distancias absurdas. Casi siempre viajamos, poco estamos. En ese tejido de recorridos definimos y construimos puntos de referencia, que como nodos tensionan la red: la casa, el trabajo, el estudio, el lugar donde compramos, el sitio donde nos divertimos, las comarcas de la evasión. Salimos de A hacia B, de ahí vamos a

C, partimos para D y volvemos al inicio en A. A, B, C y D son los lugares donde vivimos, los que conocemos, los que habitamos. El resto de la ciudad es sólo paisaje o territorio ignoto. Cuando vamos de A a B pasamos por calles y barrios que sólo vislumbramos a través de la ventana del carro o del autobús. Todos los días vemos calles que nunca hemos caminado. Siempre está ahí la cafetería que conocemos de vista, de la que sabemos cuál es el color de los asientos, el tamaño tanto del mostrador como del aburrimiento de los que trabajan ahí, el tiempo que lleva un bizcocho puesto en la vitrina. Pero nunca nos hemos tomado un café adentro, no nos hemos sentado ante una de sus mesas. Y es más, sabemos que nunca lo haremos.

¿Y el resto de la ciudad, ese territorio ignoto? Existe como fábula, como relato construido y proporcionado por los demás, por nuestras suposiciones, sospechas y miedos, que muchas veces nacen de los medios masivos de comunicación. Es la ciudad imaginada, mediada, pocas veces soñada y deseada, con la que no nos enfrentamos cara a cara, pero frente a la cual solemos adoptar una postura, una actitud. Un clamor nos recorre: la calle es peligrosa, necesitamos seguridad. Y para realizar la ilusión personal de una vida “mejor” nos aislamos del entorno, cerramos las puertas y los ojos a lo que pasa: compramos en un conjunto cerrado.

Ocultos en nuestro refugio, nos sentimos a salvo del afuera horrible. En nuestra cueva ya no encendemos el fuego que nos protegía de la oscuridad y de las fieras. Oprimimos un botón y nuestra soledad buscada se ilumina con el resplandor del televisor o del monitor del computador. Acomodados confortablemente, vislumbramos ese mundo que hemos rechazado al cerrar la puerta. Al Gran Kan, Marco Polo le descubría Armilla, Ipazia, Fillide y Zaira, las ciudades de su imperio. El gobernante conocía su mundo a través de los ojos

del italiano. El nuestro nos lo revelan CNN o ECO, lo registran las cámaras que nunca parecen apagarse, los aparatos siempre funcionando, las tecnologías que nos conectan.

El conjunto cerrado se erige como el emblema de la ruptura entre lo que deseamos y lo que ocurre. Diseñado, construido y vendido como respuesta a una sociedad insegura y hostil consigo misma, ha significado sin embargo sólo la concreción física de una actitud que siempre nos ha acompañado: la necesidad de diferenciarnos claramente de los que no son como nosotros. Desde sus inicios, nuestras ciudades se levantaron con un criterio de marcada exclusión. La zona de la aristocracia, el barrio de los artífices y los artesanos, la región de los comerciantes, el sector de los desposeídos. Mientras los miembros de las élites suponían que ningún rincón de la ciudad les era prohibido, a menos que así lo quisieran, para el resto de la población el deambular por las calles que no les correspondía sólo podía explicarse por el hecho de que se los necesitara: como obreros, como jardineros, como mucamas, como choferes. Con el tiempo, algunos decidieron oficializar, aunque no fuera permitido por la ley, esa diferenciación. En sus calles colocaron barreras de seguridad y casetas de vigilancia. Sólo los residentes y propietarios podían transitar libremente por un espacio que cada vez era menos público, menos del dominio colectivo.

De ahí al conjunto cerrado sólo había un paso, emprendido por el convencimiento de que la tranquilidad tenía un precio. Se lanzó entonces una propuesta urbanística, pero poco urbana. Comenzaron a aparecer grandes complejos residenciales que no querían ni tenían nada que ver con el entorno. La ciudad se salpicó de islotes de seguridad y confort, en contraste con el caos y la desorganización generalizados. Pero no importaba. Una vez traspuesta la puerta, la reja de su conjunto, el

propietario descansaba, se sentía a salvo, había escapado de la amenaza que lo estrangulaba y lo inhibía.

Si bien el conjunto cerrado suponía la posibilidad de construir comunidades, basándose en el hecho de que evitaba lo que siempre se ha erigido como uno de los mayores obstáculos para la convivencia, es decir, la diferencia de las personas (ya que todos serían más o menos iguales, vivirían en casas o apartamentos similares, porque tendrían el mismo nivel de ingresos y compartirían, supuestamente, la misma actitud ante la vida), esa posibilidad casi nunca existió. El miedo siguió acompañándonos y buscamos un refugio aún más seguro: el hogar. Cada persona se encerró en su casa, dotó la puerta de innumerables cerraduras y cerrojos, instaló alarmas. Poco le importaba quiénes eran sus vecinos: se aislaba y los espacios comunes eran sólo sitios de tránsito, no de encuentro. Si por casualidad o mala suerte se tropezaba con un vecino en el ascensor, en las escaleras o en el parqueadero, un saludo dicho entre dientes, apenas murmurado, le permitía salvar la situación. Además, con el tiempo, no todos los residentes eran propietarios. Algunos de éstos, por razones de diversa índole, optaron por arrendar su casa o su apartamento. Los inquilinos, miembros de ese gran conglomerado urbano que migra internamente y de manera permanente en la ciudad, no pueden por lo mismo construir ámbitos sólidos de permanencia, son los transeúntes nómadas de nuestra época. El recelo aumenta porque no se sabe qué clase de gente está viviendo ahora en la comunidad. Pretexto adicional para el aislamiento, para observar con prevención por la mirilla de la puerta ante cualquier llamado, para evitar cruzarse con los demás.

Sin embargo, el desconfiado residente es la misma persona que llega a su vivienda y se instala frente al computador, se conecta y comienza a viajar por el mundo. Ingresar a salas y sesiones de chat donde “conversa” con gente de todo el mundo. Es frecuente oírlos decir cosas como: ayer conocí a un tipo de Singapur muy interesante, hablé muy rico con una amiga que tengo en Sydney, estoy esperando que me conteste el mail un chileno que vive en Londres, con el que me “escribo” hace dos meses. Pero de su vecino de carne y hueso, que quizás vive en el apartamento de al lado, no conoce siquiera su nombre, quién es, qué hace, qué piensa, con cuántas personas vive. Abierto al globo, se cierra al vecindario. En palabras de Echeverría<sup>2</sup> es un cosmopolita doméstico, con su casa internacionalizada y abierta al mundo, pero incapaz de socializar y compartir con aquellos de los que está separado sólo por una pared. La distinción que en el barrio se establecía entre lo público y lo privado, la calle y la casa, el afuera y el adentro, se transforma en un proceso de interpenetración, dentro del cual lo privado es también lo público, no por el contacto directo, sino por la conectividad y el acceso. Lo que tradicionalmente se definía como público, es decir la calle, adquiere rasgos de un híbrido que mezcla lo que era con el miedo. Es lo colectivo y lo extraño, lo de todos y lo de nadie.

El conjunto cerrado ha terminado por convertirse en un no-lugar, en donde nuestras necesidades y posibilidades de comunicación con los demás se reducen al saludo obligado. La información es clara y transparente, no deja lugar a dudas: sector número, bloque número, interior número, apartamento número, casa número, garaje número. Números y más números. Pesadilla de la organización y la

<sup>2</sup> ECHEVERRÍA, J. *Cosmopolitas domésticos*. Barcelona: Anagrama, 1995.

eficiencia, sin derecho al sobresalto o la sorpresa. Cualquier intento de transgredir los límites impuestos por la norma, por el reglamento, es controlado al instante por las fuerzas de seguridad que como ejército en campaña recorre el conjunto: vigilantes armados, con perros, provistos de radios, nada escapa a su mirada, a su presencia. Cuando no están por ahí, es porque el conjunto cuenta con un asombroso avance tecnológico: circuito cerrado de televisión, con cámaras de vigilancia que escrutan el más mínimo detalle. Si el Gran Hermano terminó convertido en una terrorífica predicción que no se ha cumplido todavía por la incapacidad del sistema, no nos demoramos en buscarle reemplazo, en crear los hermanitos que nos controlen y nos definan los modos de vida.

La tendencia es cada vez más grande hacia el aislamiento, a evitar la calle que se convierte en molestia e incomodidad. Una corporación financiera ofrece, en grandes avisos, la oportunidad de escapar del banco: Ya que vino a la oficina, no vuelva nunca más. Autorícenos sus transacciones bancarias y no se preocupe, hágalas desde su casa vía telefónica o por internet. Se ahorra tiempo, cierto, pero de la misma manera se pierde la oportunidad de establecer relaciones sociales aunque sean muy primarias; como por ejemplo, compartir el disgusto por la demora del cajero, por la lentitud de la fila, por la ineptitud de los que atienden. Los tentáculos abarcan todos los espacios posibles: comidas a domicilio, compras por teléfono, televisión interactiva, amigos en la red, educación a distancia, teleconferencias, películas alquiladas. El lema es no salir, o salir lo menos posible, tenerlo todo a la mano.

Como hermano del conjunto cerrado aparece el centro comercial. Juan Carlos Pérgolis<sup>3</sup>, los compara con inmensos containers, con campanas de cristal que aparecen de improviso en la ciudad y que no tienen nada que ver con el entorno que los rodea. Construidos como simulacro de la calle y hechos para evitar la inseguridad y la incomodidad, son sólo eso: una apariencia de lo real. No hay suciedad, ni indigentes o mendigos que imploren caridad. Ni raponeros que me arrebaten el bolso o la cadena, pero tampoco hay olores, sabores, texturas ni sensaciones, aparte de los prefabricados, de los que el consumo permite e impone.

Ahí, a nuestro lado, los niños. Traídos al mundo para que no lo sean. Viven en conjuntos cerrados, en donde diariamente son recogidos por el transporte escolar que los lleva al colegio. Por la tarde, los devuelven. Y el fin de semana, para distraerlos, los llevamos al centro comercial. Son la generación del encierro, que ya no explora, que ya no busca, que ya no encuentra. En el conjunto viven encerrados, en las zonas comunes no pueden estar porque sus juegos y gritos perturban a los vecinos, los parqueaderos son peligrosos. Ya no se aventuran por sus territorios: los tienen diseñados de antemano, con rutas prefijadas, con señalizaciones claras. Reducidos al televisor, al nintendo o al internet, a los ocho años están mejor informados que cualquier adulto, pero tienen dificultades para comunicarse con los demás, para mirarlos a los ojos.

En un texto de Eduardo Galeano<sup>4</sup>, el escritor uruguayo plantea que en las megalópolis latinoamericanas tratamos muy mal a los niños: a los ricos como bolsas de

<sup>3</sup> PÉRGOLIS, Juan Carlos. *Bogotá fragmentada. Cultura y espacio urbano a fines del siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo / U. Piloto, 1998.

<sup>4</sup> GALEANO, Eduardo. "América Latina, donde los niños no pueden serlo", en *Alternativa No. 3*. Bogotá: Investigaciones Alternativa, Octubre 1996, p. 78-79.

.....

El conjunto cerrado ha terminado por convertirse en un no-lugar, en donde nuestras necesidades y posibilidades de comunicación con los demás se reducen al saludo obligado.

.....

dinero, a los pobres como basura y a los de la clase media (¿todavía existe?) los mantenemos amarrados a la pata del televisor. A unos los aislamos, a otros los maniatamos, a los demás los ignoramos. A todos les negamos el derecho a ser. Como diría Mafalda, les pavimentamos la naturalidad. Pero en esa diferenciación social, en la odiosa exclusión con que marcamos nuestras sociedades, es donde aparecen las rendijas que resquebrajan la mole del aislamiento. Las murallas que nos empeñamos en levantar han estado atravesadas siempre por fisuras por las que el organismo autista siente un estremecimiento. No es que sea un proceso nuevo, siempre ha estado ahí, pero a veces dejamos de mirarlo, de pensarlo, de vivirlo. Preocupados por el impacto de las nuevas tecnologías, por el otro sensorium que la globalización impone, hemos dejado de lado a los otros, los excluidos, los que no se conectan, reduciéndolos a mera referencia, a anodino dato estadístico. Pero ellos, que son la mayoría, de manera tozuda se niegan a existir menos que los cosmopolitas ensimismados.

Son los habitantes de las que se denominan las barriadas populares, las masas anónimas pero no amorfas, ese pueblo que no se acomoda muy bien dentro del concepto de sociedad civil, ese pueblo que como muy bien declara Jesús Martín Barbero<sup>5</sup> es incluido

abstractamente en el discurso, y excluido de manera concreta en las interrelaciones sociales. Y aunque no parezca, sigue existiendo, conectado a su manera, por los laditos. No compra en supermercados ni en centros comerciales, pero también ve la música (aunque no sea en MTV), se monta en pisos Nike y asiste, entre perplejo y divertido, al espectáculo del mundo. Ahí el barrio no ha desaparecido. Sigue siendo el territorio ignoto y sorprendente. Casi siempre peligroso e imprevisible, pero por lo mismo lleno de vida y de riqueza.

Ellos son los que el domingo ponen en la puerta de su casa los parlantes del equipo de sonido a todo volumen, para competir con los vecinos en potencia y gusto musical. Los que en navidad cuelgan guirnaldas de lado a lado en la calle y pintan el asfalto con sus maravillosas imágenes kitsch, y que por esos días comparten la comida y la bebida. Los que se solidarizan con el vecino que se quedó sin trabajo, con el que está enfermo, con el que está triste. Claro, también son los que envidian lo que el otro tiene, los que desean vivir en el conjunto cerrado, los que chismean sin parar, los que muchas veces soportan el hacinamiento, el hambre y la pobreza. Sus espacios no ostentan fronteras rígidas, manejan territorios fluidos, construyen sus atajos y

---

<sup>5</sup> MARTÍN-BARBERO, Jesús. *Pre-Textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*. Cali: Editorial Universidad del Valle, 1996.

travesías, cargan de significación las piedras, el barro, los charcos y el polvo. Viven al día y todavía van a la tienda pequeña, que en Bogotá llamamos de líchigo, y compran un poquito de cebolla, una presa de pollo, un tris de perejil y tres tomates. Aún les fían, la palabra empeñada sigue valiendo. Esos barrios siguen vivos, aunque los funcionarios insisten en someterlos a la lógica urbanística, a la devastación mercantilista, al juego del mercado de valores. Los consideran manchas, muelas, obstáculos para el progreso y el desarrollo. Se dedican recursos y esfuerzos a su recuperación para el mejoramiento urbano, cualquier cosa que los dos términos quieran decir, lo que muchas veces está acompañado por la destrucción y la desaparición de parte del patrimonio histórico y arquitectónico, es decir, de la memoria, agudizando de esta manera el carácter de la ciudad como una discontinuidad, como una colcha de retazos.

La posibilidad de construir ciudad no pasa por la puesta en juego y la discusión conjunta de lo que los diferentes sectores piensan, creen, imaginan y desean que sea. Termina por imponerse una visión tecnocrática del mundo, que confunde (quizás porque le conviene) construir ciudad, con construir en la ciudad. Se invierten ingentes sumas de dinero en el diseño y realización de vías, monumentos, parques y obras muchas veces faraónicas, que se hacen a espaldas de las expectativas de la población, así se les ofrezcan como un gran regalo (que de todas maneras están pagando) y que, por lo mismo, en repetidas oportunidades no son utilizadas como se espera, o sufren una apropiación diferente por parte de los ciudadanos. La percepción es que la ciudad se embellece, se maquilla, sufre una cirugía plástica que oculta en parte su fealdad, pero las problemáticas de fondo siguen sin resolverse. Resultado: nueva ruptura. La calle sigue asustando pero ahora es más bonita, dan ganas de caminar pero no me atrevo. En

Bogotá: grandes avenidas, ampliación de andenes, recuperación del espacio público, novedosos sistemas de transporte, mientras el 18% del área urbana está ocupada por asentamientos ilegales, por barrios piratas que concentran aproximadamente 1.500.000 habitantes, que se han asentado en zonas de reserva y de protección ambiental como rondas de ríos, lagunas y humedales; en los cerros, en franjas destinadas a planes viales y a la ampliación de la infraestructura de servicios públicos. Muchos en sitios de riesgo por inundaciones y deslizamientos, sin acceso a los servicios más indispensables, con altos índices de necesidades básicas insatisfechas. La solución: legalizar los barrios, formalizar la situación. En lugar de que sigan obteniendo la energía o el agua mediante conexiones clandestinas, ahora se les cobra. Pero su condición de marginalidad dentro de la ciudad se sigue manteniendo, su vida es tan precaria como antes. El planteamiento de alternativas como la reubicación en condiciones dignas es mirado con sorna y rechazo. Los costos serían demasiado altos. Tanto los económicos como los políticos. Al fin y al cabo ellos representan una cauda electoral considerable, a la que se puede engañar con las eternas promesas incumplidas. La mayor parte de los urbanizadores piratas son políticos de reconocida trayectoria, que se lucraron con dinero y con votos, ante la mirada impasible, cómplice y bien pagada de algunas autoridades. Sus "urbanizaciones" constituyen otra ciudad, otra urdimbre de relaciones.

Y es que cuando hablamos de la ciudad cometemos una inexactitud mayúscula. Lo que tenemos en el encuentro de muchas y variadas ciudades, que han comenzado a entrecruzarse y modificarse mutuamente. Es la ciudad cerrada en su egoísmo, pero también es el barrio popular y el asentamiento marginal. La pobreza y la opulencia conviven de manera descarada, arrojándose a la cara sus

peculiaridades. En Bogotá, al lado del Mercedes Benz último modelo, se puede ver a la mujer que vende hojas de eucalipto que lleva en un burro. En la Avenida Circunvalar, símbolo por excelencia de la velocidad, en ocasiones deambulan las zorras, vehículos de tracción animal con su cargamento de materiales de construcción. Detrás de los lujosos apartamentos de barrios de estrato alto ubicados en los cerros orientales, se despliegan como casas de un pesebre navideño las precarias viviendas de los cinturones de miseria. Cualquiera diría que es una ciudad postmoderna. Sencillamente es una ciudad latinoamericana. Desmesurada, absurda, contradictoria. Capaz de la fealdad más grande y de la belleza más abrumadora. Siempre reacia a someterse a la fórmula normalizadora, a la regla impuesta, al modelo supuesto.

A partir de lo anteriormente planteado, surge de inmediato una pregunta sobre el quejido lastimero que nos recorre, por la pérdida y la erosión de los espacios tradicionales donde se realizaba el encuentro ciudadano. ¿Dónde están las plazas, las parques, las calles? ¿Qué se hicieron? ¿Pero cumplieron realmente la función que la nostalgia les adjudica? Marc Augé<sup>6</sup> ha prevenido sobre el espíritu de una época que se queja por la desaparición de los referentes tradicionales, como si éstos fueran maravillosos y estuvieran por fuera de toda discusión. Algunos ancianos repiten de manera insistente que en sus tiempos todo era mejor. ¿Cuándo, dónde y cómo? Más despacio por favor. La desintegración de nuestro tejido social no se produce debido a la aparición de internet, de los conjuntos cerrados o de los viajes por el

ciberespacio. Quizás han acelerado y agudizado el proceso, pero tenemos que mirar en otras partes para encontrar las claves de la problemática. Si algo ha caracterizado a nuestros pueblos a lo largo de su historia es la porosidad y precariedad de su sentido de colectividad, encarnado en unas nacionalidades hechas de retazos y a la fuerza, dentro de las cuales las posibilidades de participación han sido siempre limitadas y discutibles. Consumidores del siglo XXI y ciudadanos del XVIII nos llama García Canclini<sup>7</sup>. Entonces, ¿qué es lo que hemos perdido? No un conjunto de espacios y de prácticas efectivas. Es sólo el espejismo de lo que pudo ser y nunca fue. Estamos sumergidos en la nostalgia de una ilusión, en la añoranza de una Edad de Oro pródiga en bienes, igualdad, solidaridad y respeto que nunca existió, que está refundida en los entretelones de un proyecto que nunca pudimos realizar, que dejamos apenas enunciado, como un presagio que nunca se cumplió.

Por todo esto, si bien es cierto que la ciudad tiende al encierro, a ponerse de espaldas a lo que sucede en la calle, como de costumbre la vida, la diversidad, la creatividad y la imaginación se desparraman por todos lados. A veces de manera tímida por entre los intersticios y las fisuras. Otras, como una explosión que hace temblar el aparente silencio de los días. Cuando en Bogotá, durante tres días cerca de 600.000 personas acuden al Festival de Rock al Parque, uno entiende que no todo es como parece. Aunque ya no lo necesita como antes, la gente insiste en juntarse. En grupos ambientalistas, de gays, de mujeres, de negritudes, de metaleros, de

<sup>6</sup> AUGÉ, Marc. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa, 1996.

<sup>7</sup> GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo, 1995.

hinchas de un equipo de fútbol, de desocupados. Como pandillas, como bandas, como parches, como tribus urbanas, se diseminan por una ciudad que los quería expulsar, pero dentro de la cual han sido capaces de establecer sus territorios, sus ámbitos de vivencia (y convivencia), que a veces cambian cada noche, pero no por eso dejan de ser fascinantes y profundos. No es que la plaza haya desaparecido, es que ahora la plaza puede ser una esquina, un lote baldío, la tienda donde nos tomamos las cervezas. Nuestro reto, el reto que debe quedar planteado en un espacio como éste, es la necesidad ineludible de enfrentar el palimpsesto de mundos con el que nos tropezamos a diario, renunciando hasta donde sea posible a nuestras categorías tradicionales, dentro de las cuales las cosas deberían ser de determinada manera. Las cosas son y punto. Gústenos o no, están ahí para que las palpemos, las sintamos, las vivamos y las pensemos. Pero no con una actitud apocalíptica, que en gran parte de las líneas torpemente pergeñadas aquí pareció imperar. Pero la incapacidad del autor no debe confundirse con una visión reducida de nuestro entorno. Las ciudades se cierran. Sí. Pero también se abren. De mil maneras, por tantos caminos que a veces ni sospechamos. No es que sean lo uno o lo otro. Son lo uno y lo otro. De manera simultánea, sin tregua, sin concesiones.

En algunas noches, debajo de la ventana de mi apartamento en el conjunto cerrado (está bien, lo confieso: vivo en un conjunto cerrado), se juntan, se parchan, algunos muchachos. Beben, oyen música, juegan y hablan mucho. Hablan de lo que hablan todos los muchachos: de mujeres, de fútbol, de mujeres, de carros, de mujeres, de los vecinos, de mujeres. A veces se les va la mano en la algarabía y el vecino entrometido, que no falta, los denuncia a los vigilantes y son expulsados de manera ostentosa. Sin embargo, al poco tiempo, vuelven de manera sigilosa, a colonizar ese pequeño espacio, a jironear las noches con su lucidez y con sus bobadas. No encontraron la plaza hecha, la hacen todos los días. Y como ellos hay cientos, miles, que terminan convirtiendo sus susurros en un estruendo estremecedor que conmueve la ciudad que no los quiere, pero que ellos adoran.

**hU**